

LAS RELIQUIAS Y EL SUDARIO DE LA CÁMARA SANTA DE OVIEDO. RELIGIOSIDAD Y PODER*

F. Javier FERNÁNDEZ CONDE
Universidad de Oviedo

INTRODUCCIÓN

El Relicario de la Cámara Santa de Oviedo ha sido, hasta ahora, objeto de numerosos estudios, desde presupuestos y perspectivas muy diferentes. Para muchos autores, con escasa formación histórica, este *Thesaurum Sancti Salvatoris* constituye una de las mayores glorias de la sede episcopal ovetense, y ha servido para que dicho santuario pudiera parangonarse con la iglesia compostelana durante todo el Medioevo. De hecho habría propiciado que muchos de los peregrinos jacobeos derivaran hacia Oviedo después de sortear la temible cornisa Cantábrica, antes o después de visitar el sepulcro del Apóstol o se decidieran a viajar directamente por una ruta costera, más tardía, desde los Pirineos, que les permitiera visitar antes al «Señor que al Siervo», como reza un sonsonete popular del cancionero relacionado con las peregrinaciones. Se trata siempre de escritores poco avezados a la crítica histórica, que sacralizaban habitualmente el documento escrito, sin la más mínima sospecha ni pregunta por su autenticidad. El primero de ellos, que abre esta larga serie, fue el propio D. Pelayo (1001-1130), uno de los más grandes prelados del episcopologio ovetense de todos los tiempos. Su justificación de la historia de la *Traslatio* del Arca de Jerusalén a Oviedo constituye un magnífico ejemplo de cómo utilizaba el gran prelado ovetense la documentación escrita para sus fines propagandísticos, en el trasfondo de los cuales operaban frecuentemente motivaciones de índole política y económica¹. Moderna-

* Este trabajo ha sido realizado en el contexto del Proyecto de Investigación del Ministerio de Educación y Ciencia: HUM 2007-63496-C03-02: *Aspectos propios del ejercicio del poder regio y de los subordinados en Asturias*.

¹ Pelayo DE OVIEDO incluye en su texto de la *Crónica a Sebastián* dos largas interpolaciones: la *Traslación* y el contenido del Relicario (BN. Madrid, 1513, ss. XII-XIII), public.: J. PRELOG, *Die Chronik*

mente, se ha vuelto repetidamente la mirada a esta realidad devocional, que ha tenido desde el siglo XI una importancia notable en el contexto de la historia religiosa de Asturias, desde una óptica más rigurosa y mucho más crítica, porque su gran propagador había sido el obispo Pelayo, célebre por la inmensa capacidad de fabulación que demostrará en infinidad de ocasiones².

Los últimos estudios relacionados con el Arca Santa > Relicario han puesto el énfasis en la utilización de sus contenidos como instrumento poderoso de la consolidación del episcopado y señorío feudal del Obispo de Oviedo. Y no conviene olvidar que la primera apertura solemne del Arca, en una curia plena de Alfonso VI, celebrada en Oviedo el 1075, tiene mucho que ver con la concesión de la tierra de Llangréu (Langreo) a la mitra de San Salvador³.

Alfons' III. Untersuchung und kritische Edition der vier Redaktionen, Fráncfort del Meno, 1980, pp. 76-79; 92 y 94-98. Y *Liber Testamentorum*, ff.1r.º-3r.º. El tono propagandístico de esta clase de escritos pelagianos se percibe desde las primeras líneas del texto del *Liber*: «Multiplīci igitur Sanctorum pignore felix letatur sedes Ovetensis que ubi fideles populi pia ferant vota archam tenet spectabili opere auri celatam ubi pretiosissima sanctorum tenentur suffragia totius Spanie presidio et saluti adsistentia» (*LT*, f.1r.ºa).

Una valoración historiográfica sobre la obra escrita del obispo de Oviedo: FERNÁNDEZ CONDE, F. J., «La obra del obispo ovetense Pelayo en la Historiografía española», en *Bol. Inst. Est. Asturianos*, 1971, 25, pp. 249-91. V. J. GONZÁLEZ GARCÍA es, hoy por hoy, el defensor más comprometido con la autenticidad de las noticias y diplomas de D. Pelayo, copiado en los códices ovetenses, cf. su último trabajo publicado: *El Castillo de Gozón (Localizado en el Peñón de raíces, donde fue elaborada la Cruz de la Victoria: Escudo de Asturias)*, Oviedo, 2007; especialmente, la última parte (pp. 89 y ss.). Fernández Vallina, el último autor que se ha ocupado con cierto detenimiento del prelado de San Salvador, propenso, casi siempre, a justificar muchas de las críticas vertidas contra D. Pelayo, enumera los textos de las reliquias entre las interpolaciones pelagianas de las *Crónicas*, como no podía ser de otra manera: FERNÁNDEZ VALLINA, E., «El obispo Pelayo de Oviedo. Su vida y su obra», *Liber Testamentorum Ecclesiae Ovetensis*, Barcelona, 1995, pp. 231 y ss.; en pp. 341 y ss.

Para una valoración histórica completa de este gran prelado, al margen de los posicionamientos de crítica documental: FERNÁNDEZ CONDE, F. J., «Los obispos ovetenses y la consolidación del feudalismo en la Asturias medieval», en LÓPEZ ALSINA, F. (ed.), *El Papado, la Iglesia Leonesa y la Basílica de Santiago a finales del siglo XI (El Traslado de la Sede Episcopal de Iria a Compostela en 1095)*, Santiago, 1999, pp.129-156; y «Espacio y tiempo en la construcción ideológica de Pelayo de Oviedo», en HENRIET, P. (dir.), *A la recherche de légitimités chrétiennes. Représentations de l'espace et du temps dans l'Espagne médiévale (XIe.-XIIIe. siècle)*, Madrid, eds. Casa de Velázquez, 2003, pp.129-148.

² El primer gran crítico moderno de la obra documental de D. Pelayo fue, con toda seguridad, Barrau-Dihigo, en una investigación muy fina y rigurosa que le valió el calificativo de hiper-crítico: BARRAU-DIHIGO, L., «Études sur les actes des rois asturiennes», en *Revue Hispanique*, 1919, 46, pp. 1-191. De los antiguos son conocidas las críticas vehementes de H. Flórez y V. de la Fuente («Pelayo manchó algunos de éstos [hechos] con ridículas patrañas, llegando a merecer el apodo de fabuloso [*fabulosus*], que le dieron nuestros críticos y que le ratificó Mariana»). Creemos haber realizado una revisión crítica concienzuda y minuciosa sobre la vida y obra de D. Pelayo en nuestra primera tesis doctoral: *El Libro de los Testamentos de la Catedral de Oviedo*, Roma, 1971. Sobre el latín del *Libro de los Testamentos* se ha llevado ha cabo también un estudio, objeto de una magnífica tesis doctoral ya publicada: VALDÉS GALLEGU, J. A., *El Liber Testamentorum Ovetensis. Estudio filológico y edición*, Oviedo, 2000. Conviene advertir que las conclusiones lingüísticas avalan en buena medida las valoraciones documentales que nosotros habíamos hecho en nuestro estudio.

³ Sobre el papel que pudieron jugar la reliquias de Oviedo en la consolidación señorial de la mitra: FERNÁNDEZ CONDE, F. J., «El papel de la Monarquía en la consolidación señorial del obispo de Oviedo»,

En este trabajo nos fijaremos de manera especial en una de las reliquias de ese elenco prodigioso del Arca: el Santo Sudario. Es, sin duda alguna, la más importante de todo él, al menos en teoría, si bien comprobaremos que no fue así durante muchísimo tiempo Y en la actualidad ha recobrado un extraordinario relieve por sus comparaciones con la Sabana Santa de Turín⁴ y por haberse convertido en objeto destacado de análisis científicos, llevados a cabo por el «Equipo de Investigación del Centro Español de Sindonología» (EDICES), que ha celebrado ya varios encuentros internacionales sobre este piadoso objeto de devoción. Además, la popularidad del Sudario de Oviedo alcanzó cotas inesperadas, al entrar hace algún tiempo en el mundo de la literatura, convirtiéndose en protagonista de una novela, que podríamos calificar de curiosa, por pecar de benevolencia⁵.

en *Studia Historica*, 25, 2007, pp. 67-87. Adviértase que en este trabajo hacemos un análisis diplomático muy detenido sobre el Acta de la apertura del Arca de las Reliquias en la catedral de Oviedo el año 1075, en cuya segunda parte se concede a San Salvador y a sus obispos la tierra de Llangréu; y exponemos allí dudas fundamentadas sobre la autenticidad de este documento, de gran trascendencia para el estudio de la historia de las Reliquias y consiguientemente del Sudario; también: «Las Reliquias de San Salvador de Oviedo: instrumento de propaganda y poder», en *Traslación de Reliquias en la España Medieval (Simposio celebrado en Alcalá de Henares en diciembre de 2006)*, Alcalá de Henares (ya en prensa y de próxima aparición).

En la actualidad han aparecido varias obras de interés: LÓPEZ FERNÁNDEZ, E., *El Santo Sudario de Oviedo*, 2004; y del mismo, en dicho año: *Las Reliquias de San Salvador de Oviedo*. Este autor, avezado a los análisis y a las exégesis de los textos bíblicos y de la literatura extrabíblica coetánea al Nuevo Testamento, sobre todo, hace un estudio riguroso de toda la documentación existente sobre estas realidades, ofreciendo algunas precisiones e informaciones de notable interés. Finalmente, GUSCIN, M., *La Historia del Santo Sudario de Oviedo*, Oviedo, 2006: sigue a la letra las noticias pelagianas, y trata de justificarlas históricamente, con escaso sentido crítico (no hemos podido consultar del mismo autor: *The Oviedo Cloth*, Cambridge, 1988). Si existen contradicciones o anacronismos en los textos del prelado de San Salvador, intenta hacerlos coherentes o quitarles importancia, pero no supone, en modo alguno, que Pelayo estuviera elaborando noticias y documentos falsos e interpolados. A modo de ejemplo: «En resumen, la parte de la historia que cuenta la estancia del arca en Jerusalén y la invasión y destrucción de esta ciudad a manos de los persas bajo su rey Cosroes II encaja casi totalmente con la historia que se puede verificar de otras fuentes antiguas. Se sabe que la Iglesia de Jerusalén guardaba reliquias y que los invasores conocían el valor que tenían para los cristianos. Pelayo nos da con más o menos exactitud el orden de los sucesos— Cosroes, Focas Heraclio, invasión. En cuanto a las fechas exactas, se equivoca en un año en la pérdida de Grecia y se equivoca terriblemente, o intenta engañarnos al relacionar a Felipe y a Jerónimo con la historia del arca. A pesar de esto, se puede decir que en líneas generales la historia es exacta» (p. 88).

En realidad, para enjuiciar la veracidad o fiabilidad de un autor no es legítimo considerar el valor de un solo documento, sino toda la obra del mismo. Y Pelayo realizó infinidad de falsificaciones e interpolaciones, siempre calculadas y con objetivos bien definidos. Ignorar esto es desconocer su significación, que no por ello se rebaja o achica, sino que se agiganta mucho más. Solemos decir que cuando se descubren los motivos de una falsificación determinada, tenemos una fuente de información más valiosa que si nos encontráramos con documentación auténtica.

⁴ RICCI, G., *L'Uomo della Sindone*, Roma, 1966 (5.ª ed. 1985); también: *La Sindone contestata, difesa, spiegata*, Roma, 1992.

⁵ Una información completa sobre el panorama actual de las investigaciones científicas de los últimos años puede encontrarse en las notas 41 y 42 de este trabajo.

Al final de este artículo procuraremos hacer una breve síntesis de los resultados supuestamente científicos, obtenidos hasta ahora. El objeto del mismo es mucho más modesto: repasar sistemática y cronológicamente las fuentes relacionadas con los peregrinos a Tierra Santa, que desde el siglo VII han dejado testimonios escritos sobre lo que encontraron en los grandes santuarios relacionados con la Pasión del Señor en las cercanías de Jerusalén.

En las conclusiones trataremos de aventurar alguna hipótesis «razonable» sobre las circunstancias que convergieron para justificar el fenómeno del nacimiento y de la consolidación de la devoción al conjunto de las reliquias de San Salvador y culto al Sudario, que logrará destacarse respecto a las demás después del conocimiento de los contenidos del Arca Santa, aunque para ello tendrán que pasar varias centurias.

El Santo Sudario de Oviedo forma parte de casi todos los elencos copiados en principales documentos que relatan el contenido del Arca. Por lo tanto, su suerte y sus caminos de peregrinación fueron los seguidos por el «admirable» *Thesaurum*. Saldría de Jerusalén en el siglo VI, para recalar en África, Cartago>Cartagena, Sevilla, Toledo y las Asturias de los «Pireneos montes» (la cordillera Cantábrica) levantados por la providencia divina para salvar a las gentes cristianas del Islam, según las concepciones historiológicas del eruditísimo obispo D. Pelayo⁶. En Asturias, el Monsacro y la Cámara Santa completarían el periplo, siempre según la documentación, más o menos relacionada con el activo *Scriptorium* de este prelado⁷. Lo prodigioso, los milagros, los acontecimientos extraordinarios, frecuentes en los relatos de traslaciones, no existen en éste, por lo menos hasta llegar a Oviedo. Desde el siglo VIII hasta el XI, según las fuentes ovetenses y las foráneas, casi todas con la impronta pelagiana, el contenido de aquella valiosa Arca habría pasado desapercibido o ignorado. Sólo un obispo de San Salvador de Oviedo, Ponce o Poncio (1025.28-1035), de origen catalán, amigo y embajador de Sancho el Mayor de Navarra, se habría aventurado a abrirla y no con demasiado éxito⁸. La veneración

⁶ En nuestro estudio crítico sobre la narración del traslado del Arca de las Reliquias, copiado en el *Liber Testamentorum*, ff. 1v.^o-3v.^o: FERNÁNDEZ CONDE, F. J., *El Libro de los Testamentos de la Catedral de Oviedo*, Roma, 1971, pp. 11 y ss. Allí se hace referencia a diversas tradiciones y anacronismos. Otro trabajo nuestro sobre el exacerbado providencialismo de este autor como categoría básica de su concepción historiológica: «Espacio y tiempo en la concepción ideológica de Pelayo de Oviedo», en *L. c.*, pp.129-148.

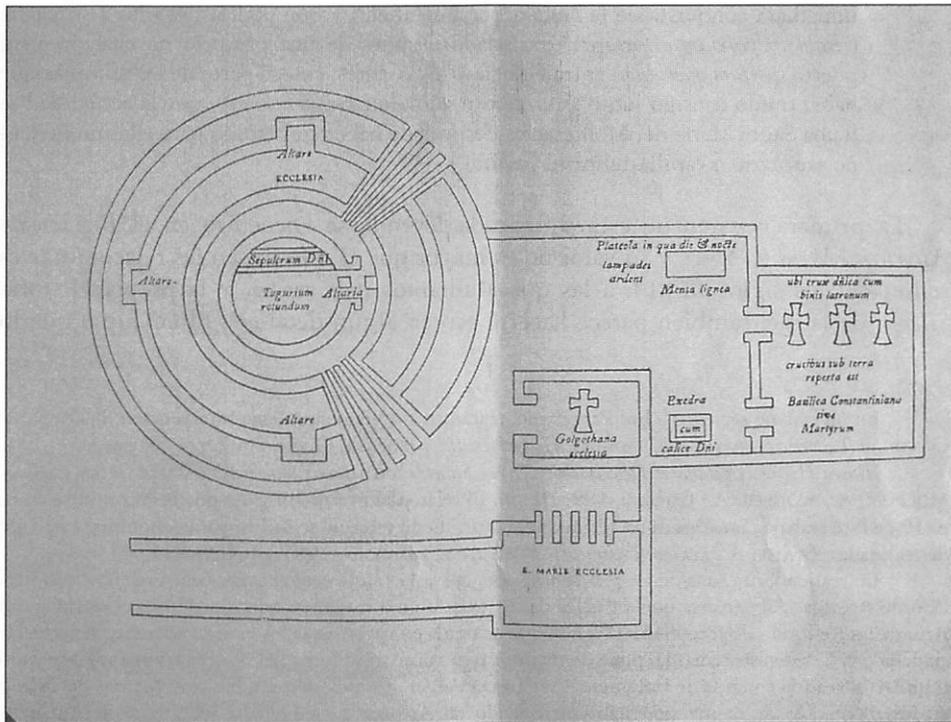
⁷ Existen varias fuentes relativas a los contenidos del Arca Santa con referencias a su traslado a Oviedo. No todas son estrictamente pelagianas, aunque sí la mayoría. Un buen estudio sobre esta documentación: LÓPEZ FERNÁNDEZ, E., *Las reliquias...*, pp. 51 y ss. En un trabajo aún inédito, también nuestro, hacemos algunas consideraciones sobre cómo Alfonso II habría comenzado a recoger reliquias para su catedral y la autoría de la Cámara Santa o iglesia de San Miguel, que no atribuimos al Rey Casto: «Las Reliquias de San Salvador de Oviedo: instrumento de propaganda...», ver n. 3 del presente trabajo.

⁸ Sobre este prelado ovetense: FERNÁNDEZ CONDE F. J., *La Iglesia de Asturias en la Alta Edad Media*, Oviedo, 1970, pp.56-58; y «Los obispos ovetenses...», en *L.c.*, pp.131-132. Cf. así mismo: RÍU I RÍU, M., «Poncio de Tabernoles. Obispo de Oviedo», en *Espacio, Tiempo y Forma*, 1988, 1, pp. 425-36. Las noticias sobre el intento de la apertura del Arca por este prelado se contienen en el Acta de 1075, que citamos en la nota siguiente.

propriadamente dicha y siempre en aumento, comenzará a finales del siglo XI, después que la estancia de Alfonso VI Oviedo (1075) que dispone la apertura solemne de la misma siguiendo un minucioso y bien pergeñado ritual, para proteger a los asistentes de las virtualidades «fascinantes y tremendas» que ya habían acompañado aquel objeto sagrado. Y lo consigue exitosamente⁹.

UN SUDARIO EN JERUSALÉN

Curiosamente, tenemos algunos testimonios de peregrinos que viajaban a Jerusalén para visitar los Santos Lugares relacionados con la pasión y muerte de Jesucristo, y podemos comprobar cómo hasta bien entrado el siglo VIII seguían



Las iglesias del Calvario¹⁰.

⁹ El documento que recoge esa curia plena y la apertura del Arca es muy conocido: Arch. Cap. de Oviedo (ACO), serie B, carp. 2, n. 9 (copia del siglo XIII), public.: GARCÍA LARRAGUETA, S., *Colección de documentos de la catedral de Oviedo*, Oviedo, 1962, n. 72, pp. 214-219.

¹⁰ Dibujo tomado de la obra, ya clásica: *Itinera et descriptiones Terrae Sanctae, lingua latina saec. IV-IX exarata*, TOBLER, T. (ed.), Ginebra, I, 1987. Pub. orig. por MICHELANT, H. y RAYNAUD, G., *Itinéraires à Jérusalem et description de la Terre Sainte*, Ginebra 1882, p. 4.

encontrando en una de las venerables iglesias del Calvario otro sudario, con el que había sido cubierta la cabeza de Cristo, una vez descendido de la Cruz y depositado en el Sepulcro.

La primera relación del traslado de las reliquias al Noroeste peninsular, entre las que se encontraría supuestamente el Santo Sudario, se atribuye a un prelado de Astorga, Santo Toribio, bien conocido por su intervención en la controversia priscilianista durante el pontificado de León I (440-461)¹¹. Su viaje se habría realizado, según el bello relato hagiográfico, en la primera parte de dicha centuria, y la relación con las Reliquias muy curiosa:

Santo Toribio (*Turribius*), obispo de Astorga, «natural de Galicia (*Gallaecia*), de la provincia de España..., repartida la herencia paterna entre los pobres, marcha a Jerusalén, donde obtiene el encargo de la custodia de las Reliquias de este lugar del patriarca de los jerosolimitanos para un quinquenio. Avisado por un ángel sobre la inmediata conquista de la ciudad por los infieles y que podría llevarlas a su patria (*rerum in patriam asportaret*), trasladado después de una prospera navegación a un puerto (*portum quemdam*) entre Galicia y los Astures, colocó parte de las reliquias que había traído consigo junto a un monte sagrado (*sacrum montem*), que la actualidad se llama Santa María del Montesacro, después de haber construido para ellas un pequeño santuario o capilla-relicario (*sacello*)...»¹².

La primera versión de esta sofisticada leyenda se encuentra en el *Breviarium Astoricense Vetus* (s. XVI), y su valor no es mayor que el que tienen las relaciones ovetenses del los siglos XI-XIII, a las que aludíamos más arriba, y la propia *Historia Silense*, de la que también parece hacerse eco en algún detalle¹³. El anónimo que lo

¹¹ En un trabajo reciente sobre Prisciliano, tratamos ampliamente dicha intervención: FERNÁNDEZ CONDE, F. J., *Prisciliano y el priscilianismo. Historiografía y realidad*, Gijón, 2007, pp. 58 y ss.

¹² *Itinera Hierosolymitana et Descriptiones Terrae Sanctae bellis sacris anteriora et latina lingua exarata*, MOLINER, A.-KÖHLER, A., Ginebra, 1885, II vol. El relato del prelado hispano puede encontrarse en I., p. 19 de este trabajo. *Sacellum* es un término del latín medieval, que se utiliza para denominar este tipo de realidades: BLAISE, A., *Lexicon Latinitatis Medii Aevi*, Turnholti, 1985, pp. 888-889.

¹³ En realidad, ninguna de las relaciones sobre la traslación de las reliquias hacen referencia al prelado de Astorga. Adviértase que a finales del XI existía una tradición relacionada con el traslado del Arca de las Reliquias de Jerusalén a Oviedo, que recuerda en varios aspectos la de la documentación relacionada con la sede asturiana. Lo pone de manifiesto una carta sin fecha del obispo astorgano Osmundo (1082-1098) a Ida condesa de Boloniense, según la cual, el «tesoro» de reliquias trasportadas de Toledo en los momentos de la invasión habrían recalado en Astorga y en Oviedo: «Cumque iterum gens Saracenorum Hispaniam perurgeret, episcopi et omnes viri religiosi ad nostras Alpes, videlicet Asturicensis, quae ab Astorica habent nomen, confugere et quicquid praecipuum ducebant, asportaverunt et in civitate nostra atque Oveto omnia reconderunt». Por otra parte, nada tiene de extraño que en Astorga conociera la tradición ovetense en estos años. Como ya se indicó, la gestación de la misma se consolida precisamente en dicha centuria. Y que el clero astorgano, con su obispo al frente, quisiera sumarse al tirón de la nueva devoción emergente para honra y gloria de su sede, entra dentro de lo completamente verosímil. Por lo demás, la noticia de prelado medieval pudo servir de base para la confección de la relación más detallada del *Breviarium* posterior. Adviértase que Osmundo no habla de Arca y que su relato está contaminado con la tradición jacobea de los Varones Apostólicos. El texto de la mencionada carta puede encontrarse en MABILLÓN, en FLÓREZ; o en QUINTANA PRIETO, A., *El Obispado de*

compuso tiene el mérito, o más bien la imaginación, de relacionar todo lo relativo a las Reliquias con el venerable prelado astorgano, incluido en el santoral, como tantos obispos de ciudades medievales antiguas. En el Monsacro existe efectivamente el pozo de Santo Toribio, aunque mucho nos tememos que la atribución no sea más que una deformación lingüística de un término relacionado con dólmenes pre o protohistóricos, llenos de virtualidades sagradas, como había sugerido hace mucho tiempo el profesor Fernández Valles: una explicación que a nosotros nos ha parecido muy pertinente y que completamos desde otras perspectivas¹⁴.

Los testimonios antiguos de viajeros o peregrinos a Tierra Santa comienzan a ser significativos para nuestro propósito desde el siglo VI¹⁵. Los de centurias anteriores,

Astorga en el siglo XI, Astorga, 1977, apénd., 32, p. 607. Y en la última ed. GUSCIN, M., o. cit., apénd. VII, p. 226. Por lo demás, el episodio constituye un bello ejemplo de cómo funcionaba el tráfico de reliquias en estos siglos centrales del Medioevo. El celoso prelado no puede enviarle las requeridas por condesa Ida, tal vez peregrina de Compostela, a saber: «capilli sanctae Mariae Dei genitricis», pero por orden de Alfonso VI, tan implicado en el resurgir de la devoción al relicario de San Salvador, precisamente aquellos mismos años, le manda algunas «de las mejores y más dignas».

Y lo relativo al Monsacro, como lugar de refugio temporal del Arca Santa, puede encontrarse en los Mss. de Cambrai y Bruxelles, que suele datarse entre los siglos XII y XIII: «... et eas in montem excelsum valde detulerunt, qui propter sacras reliquias, que ibi per annos XIV fuerunt, Mons Sacer vocatus est usque hodie»: FERNÁNDEZ CONDE, F. J., *Historia de la iglesia de Asturias en la alta Edad Media*, Oviedo, 1972, p. 165. En el texto pelagiano podría haber una alusión implícita, cargada de fuerte providencialismo bíblico tan propio de los relatos hagiográficos: «His temporibus mansi archa in tabernaculis sicut et ipsa archa Domini ante hedificationem templi usque ad regnum Adefonsi iunioris cognomine Casti»: GARCÍA LARRAGUETA, S., *Colección de documentos...*, p. 513. La conocida interpelación del obispo D. Pelayo en las *Crónicas Asturianas* vuelve a incidir en los mismos supuestos (I. Prelog, *Die Cronik Alfons III...*, p. 92).

¹⁴ En un trabajo nuestro, publicado ya hace bastante tiempo, poníamos de relieve que la supuesta sacralidad del famoso Monsacro, en las cercanías de Oviedo, no se derivaba de la legendaria tradición de las Reliquias, sino más bien de los enterramientos prehistóricos colocados en la cumbre de la espléndida masa calcárea. La misma configuración del monte, su imagen imponente y singular, muy contrastada con el paisaje circundante de la llanura, constituía ya, por sí misma, una hierofanía propiamente dicha, que habría propiciado los enterramientos del Neolítico (ELIADE, M., *Lo sagrado y lo profano*, Madrid, 1957; WIDENGREN, G., *Fenomenología de la Religión*, Madrid, 1976). Por lo demás, hemos recorrido detenidamente todo el monte, examinando posibles restos de toponimia —verdadera memoria del paisaje— relacionados con la supuesta estancia provisional de las reliquias en aquellos parajes, y no pudimos encontrar el más leve rastro de ellas ni de su relicario o capilla altomedieval (*sacellum*): FERNÁNDEZ CONDE, F. J.-SANTOS DEL VALLE, M. C., «Toponimia y Tradiciones del Monsacro», en *Lletres Asturianas*, 1987, 23, pp. 99-111. Al parecer, según el testimonio de J. M. González y Fernández Valles, la relación del santo obispo astorgano con construcciones dolménicas fue un fenómeno muy frecuente; y para algunos autores la iglesia octogonal de La Malena (Magdalena) del Monsacro estaría construida sobre una planta dolménica. Y según este investigador Toribio no es más que la derivación lingüística del vocablo prelatino *taurus* o *toro*, equivalente a dolmen o montículo: GONZÁLEZ y FERNÁNDEZ VALLES, J. M., «Monsacro y sus tradiciones», en *Archivum*, 1958, 8, pp. 4-36; la etimología, p. 33. Advirtábase que la tierra humedecida del «maravilloso pozo» de Santo Toribio está aureolada con propiedades taumatórgicas en las tradiciones populares.

¹⁵ SIGAL, A., en su obra: *Les marcheurs de Dieu*, Ligugé, 1974, en el cap. 3 concretamente, revisa los itinerarios de peregrinos más importantes de la Antigüedad, primero Jerusalén (p. 93), después Roma, y a continuación: Santiago de Compostela, Saint Michel: le Mont Gargan, y Mont Saint Michel (pp. 125 y ss.). Y señala cómo la devastación de Jerusalén, primero por Chosroes II (590-628) y después por el Islam, significa un corte importante para las peregrinaciones a los Santos Lugares (pp. 94 y ss.). Cf. tam-

algunos tan elocuentes como el del viaje de Egeria, no aportan noticias significativas para esta encuesta hagiográfica relacionada con la venerable reliquia del Sudario de Cristo¹⁶.

La serie de testimonios de interés para nuestro propósito se abre con Antonino de Piacenza (*Antoninus Placentinus*) que viaja a Jerusalén hacia el 570 con algunos compañeros y lleva el título de «martyr», pero no se conocen más detalles sobre su personalidad y su vida. Él mismo pone por escrito su peregrinación y las cosas que encontró en Jerusalén. En el Santo Sepulcro no vio ni el sudario ni la túnica de Cristo¹⁷. Sin embargo, en la basílica del Gólgota pudo encontrar reliquias relacionadas con la Virgen María:

... Antonino martyr, que saliendo de la ciudad Placentina, peregriné a estas latitudes, a saber, a los Santos Lugares... (*vió en el Golgotha*) «un vestido de la bienaventurada Virgen Maria, depositado en un lugar alto, el ceñidor y el velo (*ligamentum*) que usaba para ceñirse la cabeza¹⁸.

bién: HUNT, E. D., *Holy Land Pilgrimage in the Later Roman Empire*, Oxford, 1982. HEINZELMANN, M., *Translationsberichte und andere Quellen des Reliquien Kultus*, Turnholti, 1979; con abundantes fuentes y bibliografía.

¹⁶ Dependemos de los textos clásicos, publicados hace ya mucho tiempo, pero muy rigurosos: *Itinera et descriptiones Terrae Sanctae, lingua latina saeculi IV-IX exarata*, TOBLER, T. (ed.), Ginebra, 1877 y también: *Itinera hierosolymitana et Descriptiones Terrae Sanctae bellis sacris anteriora et lingua latina exarata*, TOBLER, T.-A. MOLINIER, A. (ed.), Ginebra, 1880; así mismo: *Itinera Hierosolymitana et Descriptiones Terrae Sanctae bellis sacris anteriora et latina lingua exarata*, MOLINIER, A.-KOHLER, A. (ed.), Ginebra, 1888, 2 vols. También: *Itinera Hierosolymitana saeculi IIII-VIII*, GEYER, P. (ed.), (*Corpus Scriptorum Ecclesiasticorum Latinorum*, n. XXXVIII), Praga-Viena-Leipzig, 1898. Y el texto más moderno: *Itineraria et alia geographica*, Turnholti, 1965 (*Corpus Christianorum*, n.175>CCH). La edición crítica de la peregrinación de Egeria: *Égérie, Journal de voyage*, MARAVAL, P (ed. y trad.), (*Sources Chretiennes*, n. 296), París, 1982 y 2002; también, cura et studio de FRANCISCHANI, Aet.-WEBER, R., *Itineraria et alia Geographica*, pp. 27-103; trad. castellana: ARCE, A., *Itinerario de Egeria, (381-384)*, Madrid, BAC, 1980.

¹⁷ «Osculantes proni in terram ingressi sumus in sanctam civitatem, in qua adorantes monumentum Domini. Quia monumento de petra est naturale excisus et positus ex ipsa petra excisus (*sic*), ubi corpus domini Jesu Christi positum fuit, lucerna aerea, qui in tempore ad caput ipsius posita fuit, ibidem ardet die noctuque...»: PLACENTINI, A., *Itinerarium*, cura et studio, GEYER, P., CCH, pp. 127-153. Y en las pp. 155-174 de la misma obra: *De locis sanctis, quos perambulavit Beatus Antoninus martyr* (recensio altera). Esta otra versión no ofrece ninguna novedad reseñable aquí. Cf. también la edición de este *Itinerarium* (456-570), editada un poco más tarde por MUNITIZ, J. A., Milán 1977.

¹⁸ *Ibidem*, pp. 139. Y en la *Recensio altera*, p. 164. A mediados del mismo siglo VI se encuentra otra obra: Theodosii, *De situ Terrae Sanctae*, CCH, pp. 113-125. La edición antigua: *Itinera Hierosolymitana...*, pp.157-218. Tampoco se sabe nada del autor, quizás africano, aunque no consta, que escribía sobre los Santos Lugares lo siguiente: «De Calvariae locum usque in Golgotha passus numero XV, ubi crux Domini inventa est... De Golgotha usque in Sancto Sion passi numero CC, quae est maater omnium ecclesiarum; quam Sion dominus noster Christus cum apostolis fundavit...» (p. 118). Cf. TAMMI, G., «Antonino de Piacenza», *Bibliotheca Sanctorum*, Roma, 1962 (reimp. 1990), cc. 83-86.

Podría traerse aquí a colación una carta de Braulio, obispo de Zaragoza (+650 c.), en que se refiere al *Sudarium* de Cristo, pero se trata de una expresión genérica, independiente completamente del testimonio directo de un visitante a los Santos Lugares, en un contexto de cierta difidencia hacia el valor religioso de las reliquias del Señor, comparadas con el contenido de los evangelios. Es la carta XLII de la publicación de Migne, donde se dice literalmente: «Sed et illo tempore notuerunt fieri multa que

Para nuestro propósito es mucho más importante la obra del abad de Iona Adamnanus: *De locis sanctis libri tres*¹⁹. Se trata de un autor de perfiles biográficos relativamente bien conocidos. Al parecer, compone la obra después de haber sido nombrado abad del monasterio escocés (679). Y aunque no viajó personalmente a los Santos Lugares, pudo contar con una fuente muy fiable, la narración oral del obispo galo Arculfo, que había cumplido funciones de peregrino en Tierra Santa, visitando Jerusalén antes del 683/684²⁰.

En la basílica edificada por Constantino junto a la iglesia del Calvario, donde habría sido encontrada la Santa Cruz, el viajero franco pudo ver una serie de reliquias venerables, y entre ellas el «Sudario con el que fue cubierta la cabeza del Señor, sepultado allí»²¹. Y describe con detenimiento el hallazgo:

Por la relación de San Arculfo supimos (*Adamnanus*) también de aquel sacrosanto sudario del Señor, que había sido puesto en el sepulcro sobre su cabeza. Él pudo comprobar con sus propios ojos (*propriis obtutibus*) la narración que nosotros reflejamos ahora por escrito (*craxamus*) y que todo el pueblo de Jerusalén proclama como verdadera; y San Arculfo pudo captarla muy bien por el testimonio de muchos fieles ciudadanos de Jerusalén, escuchándoles atentamente y muchas veces mientras se la contaban²².

Efectivamente, la leyenda relacionada con el Santo Sudario que corría de boca en boca por la ciudad según el testimonio a Arculfo tiene un notable interés y resulta cuando menos pintoresca. Al parecer, tres años antes (*tere ternos*) de la llegada de Arculfo, todo el pueblo sabía lo que había sucedido con el Sudario (*linteolum*). Un judío lo había robado después de la Resurrección de Cristo. Y al morir les anuncia a sus dos hijos herederos que podían escoger entre todos los bienes que poseía y aquel *sacrum Domini sudarium*. El que opta por las riquezas paternas se arruina y las pierde por completo. El otro, que había pedido para sí del afortunado ladrón (*beatus furax*) el Sudario, le resultaría todo bien, tanto en el aspecto material como en el celestial (*celestis*). Y esa fue la trayectoria de sus descendientes durante cinco generaciones.

habentur conscripta, sicut de *linteaminibus et Sudario* quo corpus Domini est involutum, legitur quia fuerit repertum, et non legitur quia fuerit conservatum: nam non puto neglectum esse ut futuris temporibus inde reliquiae ab apostolis non reservarentur, et caetera talia»: *PL.*, LXXX, cc. 687-690. También: MADDOZ, J., *Epistolario de S. Braulio de Zaragoza* (Edición crítica según el Códice 22 del Archivo Capitular de León. Con una introducción histórica y comentario). Además: RIESCO TERRERO, L., *Epistolario de San Braulio*, Sevilla, 1975. La última publicación: GUSCIN, M., o. cit., apénd., II, pp. 196-197.

¹⁹ ADAMNANI, *De Locis Sanctis libri tres*, cura et studio de BIELER, L., *CCH*, n. 175, pp. 175-234. La obra ya había sido editada también a finales del XIX por GEYER, P., *Itinera Hierosolymithana...*, pp. 219-297.

²⁰ «De situ Hierusalem nunc quaedam scribenda sunt pauca ex his quae mihi sanctus dictavit Arculfus»: I, 1, p. 185. Bieler ofrece la cronología e indica que depende, en buena parte, de un párrafo de la *Historia Ecclesiastica Gentis Anglorum* de Beda el Venerable. Sobre Arculfo escasea más la información. El abad inglés le da el título de «sanctus».

²¹ L. I, c. VIII, p. 192: «DE SUDARIO ILLO QUOD DOMINI CAPUT SEPULTI CONTECTUM EST».

²² *Ibidem*, n. 1.

Pero al faltar herederos fieles, la apreciada presea cayó en manos de algunos judíos indignos (*infideles*), que, a pesar de todo, les iban bien las cosas. Surgirá entonces un conflicto grave entre la población judía de Jerusalén a propósito de aquella prenda milagrosa que todos querían tener y manejar: unos, admitiendo la autenticidad de la misma (*credulos*) y otra parte de ellos, que no (*incredulos*).

En tiempos del rey sarraceno Mavias (Mu'awiya)²³ se presentaron ante su tribunal los contendientes. El soberano ordena que le entreguen aquel objeto de disputa considerado como sudario del Señor por los fieles. Y lo somete al justo juicio de Dios, arrojándolo a una hoguera después de las oportunas consideraciones:

Ahora, Cristo Salvador del mundo, que padeció por el género humano, cuyo sudario tuvo puesto sobre su cabeza y en estos momentos lo tengo en mi pecho (*sinu*), que el fuego juzgue sobre la contienda que mantenéis a propósito del mismo, para que sepamos a que parte debemos entregarlo (*tale donum*).

El sudario salió incólume de la hoguera, anduvo volando durante algún tiempo sobre las partes en litigio y al final cayó sobre los cristianos, que lo depositaron gozosos en el «sagrario» (*scrinium*) de la iglesia envuelto cuidadosamente en otro paño.

Y nuestro hermano Arculfo, otro día, pudo verlo en un lugar elevado del sagrario entre la multitud que lo besaba; y él mismo lo besó fundiéndose con aquella comunidad de fieles (*in ecclesie conventu*). Tiene casi ocho pies de largo²⁴.

La leyenda que recoge Arculfo durante su peregrinación a Tierra Santa, si existía realmente, y no fue una invención del obispo viajero, que por otra parte parece poco dado a exageraciones y fantasías y sabe distinguir perfectamente entre un hecho que supone cierto y otro que sólo tiene la categoría de habladuría²⁵, pone de manifiesto la existencia de una convicción arraigada de los cristianos de Jerusalén de finales del siglo VII sobre la realidad de la valiosa reliquia del Santo Sudario, que consideraban auténtica y que habían sabido prestigiar con una serie de elementos «maravillosos», gracias a los cuales podían llenar los vacíos de cinco siglos de historia. Para el autor de la narración los otros, los adversarios, no eran los árabes, responsables allí del poder político, sino los judíos, cuyo encono con las realidades sobrenaturales relacionadas con Jesús estaba muy extendido entonces, por lo menos en la opinión de los ambientes europeos, a los que pertenecía Arculfo.

²³ La identificación es de L. BIELER, o. cit., p. 178, nt. (6). Y el lugar del texto latino: l. I, c. VIII, n. 11, p. 193.

²⁴ El singular relato comprende los nn. 1-18 del mencionado capítulo VIII, pp. 192-194. Los párrafos sangrados corresponden a una traducción literal nuestra. Los normales, sólo una lectura resumida del texto latino, hecha también por nosotros.

²⁵ No parece que dude sobre el contenido de la narración, y mucho menos sobre la autenticidad de la venerable reliquia. Pero al final del relato, cuando se refiere al vestido de Cristo hecho por la Virgen María, introduce significativamente la expresión: «ut fertur», que rebaja automáticamente la categoría de la misma.

En cualquier caso, llama la atención la presencia de ese halo legendario que envuelve la supuesta historia de una reliquia tan venerable, por lo menos en ambientes francos y sajones, donde se pone por escrito la narración del abad Adamnanus y tal vez en la fuente de la que depende. Y no conviene olvidar que a la altura de finales de la séptima centuria el Sudario del Señor, acompañado de una pléyade de reliquias, hacía tiempo que habría salido de Jerusalén, un siglo prácticamente, según los textos de los cronistas e historiadores influidos por la obra literaria de ese gran prelado que fue D. Pelayo.

A continuación, en el renglón siguiente, Adamnanus menciona también otra reliquia venerable: el paño o vestido confeccionado, según se dice, por la Virgen María Madre del Señor²⁶.

La bella composición literaria del buen abad de Iona tiene cabida en otro de los personajes más sobresalientes de la época, un poco posterior a aquel. Nos referimos a Beda el Venerable (672/73-735), en la conocida obra que titula de la misma manera, *De locis sanctis*, cuyo texto analizaremos ahora con cierto brevedad por su falta de originalidad²⁷. Parece que fue compuesto entre el año 702 y 703, dependiendo asimismo de otras fuentes, porque según su propio testimonio, nunca había estado en los Santos Lugares:

Siguiendo los escritos (*monumenta*) de autores antiguos y teniendo en cuenta, al mismo tiempo, las cartas de los nuevos maestros²⁸.

En todo lo relativo al Santo Sudario su fuente primordial fue, sin lugar a dudas, el abad Adamnanus, y ofrece un compendioso y exacto resumen de la legendaria narración de éste sobre los avatares de la venerable reliquia después de la Resurrección de Cristo, que recogíamos más arriba²⁹.

El sabio obispo inglés cierra el capítulo cuarto de su *De locis*, incluyendo también la noticia sobre otra reliquia importante: «Otro paño (*linteum*) que se venera en aquella iglesia, mayor que el anterior, que se cree haber sido confeccionado (*contexutum*) por Santa María», que había visto en Jerusalén Arculfus, mencionado ya por Adamnanus, y rebaja como él la categoría de la misma al reducirla a simple tradición (*quod fertur*)³⁰.

Después de los escritos de Beda, las referencias sobre reliquias jerosolimitanas relacionadas con la vida y la muerte de Cristo en obras o relatos de peregrinos y com-

²⁶ O. cit., I, I, c. X, p. 194: «Aliud quoque linteamentum maius Arculfus in eadem Hierusolimitana civitate vidit, quod, ut fertur, sancta contexit Maria, et ob id magna reverentia in ecclesia habetur (*sic*) totus veneratur populus. In quo videlicet linteum duodecim apostolorum formulae habentur intextae et ipsius Domini imago figurata. Cuius linteaminis una pars rubei coloris et altera e regione in latero viridis habetur in modum viridum herbarum».

²⁷ BEDAE VENERABILIS, *De locis Sanctis*, cura et studio, FRAIPONT, I., CCH, n. 175, pp. 245-280. También: *Itinera Hierosolymitana...*, pp. 211 y ss. La ed. moderna, que seguimos aquí, incluye además en la parte inferior los «Excerpta» de Paulo Diácono, monje de Montecasino, del siglo XII, incluidos en un libro suyo que también se titula así (*De locis sanctis*)

²⁸ Prologus («Incipit»), lin. 7-8, p. 251.

²⁹ O. cit., pp. 259-260.

³⁰ O. cit., p. 260.

positores de obras de distintos géneros son cada vez más escasas³¹. Un monje de la época de Beda el Venerable menciona el lecho en el que «yacía el cuerpo del Señor», sin ninguna otra connotación³².

En un poema del siglo XI escrito en francés antiguo, *La Chanson du Voyage de Charlemagne a Jerusalem*, el Sudario se encontraría todavía en los Santos Lugares, entre otras santas reliquias conservadas allí, a pesar de la dominación musulmana:

E dist li patriarches; «Ben avez espleitiet.
 Quant Deus venistes querre, estre vus en deit mielz.
 Durrai vus tels reliques, meilleures n' en at suz ciel:
 Del Sudarie Jesu que il out en sun chief
 Cum il fut al sepulcre a posez e culchiez,
 Quant Judeu le guardèrent as spées d'acier;
 (Al tierz jurn relevat, asi cum il out prechiet,
 E il vint as apostles pur els sleecier)³³.

De los testimonios recogidos aquí, muy escasos por cierto, podría deducirse la existencia de una tradición sobre la conservación del Santo Sudario en Jerusalén, por lo menos desde el siglo VII. Al parecer, en el siglo XI quedaban todavía ecos, muy vagos seguramente, de ella, según el poema carolingio copiado aquí parcialmente. El valor de la misma, llena de episodios extravagantes, por no decir que increíbles —protagonismo de los judíos, juicio de Dios, influencia de la minoría cristiana...— queda muy en entredicho y resulta poco o nada creíble, sobre todo si tenemos en cuenta que no está avalada por otras referencias escritas o iconográficas relacionadas con esa importante reliquia durante un largo tracto temporal de más de seis siglos. Con todo, su verosimilitud no tiene menos probabilidad que la forjada en torno a la Cámara Santa de Oviedo y a los textos hagiográficos relacionados con el Relicario, en los que se encontraría supuestamente el Sudario. Y está bien claro que la mayoría de las composiciones o interpelaciones «ovetenses» dependen del obispo D. Pelayo, cuya falta de rigor y capacidad de fabulación no tiene límites cuando se trata de enaltecer las grandezas de su sede episcopal, San Salvador de Oviedo, como se puso de relieve ya repetidamente³⁴.

³¹ Hemos podido ver todas o la mayoría de las obras más o menos relacionadas con nuestro tema: *Itinera, Chronographiae y Topographiae*, disponibles y publicadas hasta ahora.

³² *Sanctimonialis Heydenheimensis, Hodeporicon S. Willibaldi (723-772), Itinera Hierosolymitana et Descriptiones Terrae Sanctae...*, TOBLER, T.-MOLINIER, A. (ed.) pp. 241-281; la referencia concreta, p. 263.

³³ *Itinéraires a Jerusalem et description de la Terre Sainte* (rédigés en français aux XIe, XIIe & XIIIe siècles), public. MICHELANT, H. & RAYNAUD, G., Ginebra, 1882. El texto citado, p. 5. En la introducción a este poema, se da como segura la fecha del siglo XI para el texto. Sus editores tienen en cuenta las correcciones de M. KOSCHWITZ (*Karls d. Grossen Reise nach Jerusalem, Heilbronn, 1880*): cf. p. XI (prefacio de la obra). Todo hace pensar que el autor del poema, siglo XI, estaba suponiendo que en la época de Carlomagno el Sudario seguía en Jerusalén, sin hacer ninguna referencia a un traslado posterior, que, por otra parte, tampoco tendría por qué reflejarlo.

³⁴ La relación de la traslación del Arca de las reliquias que ofrece el Silense es más coherente y rigurosa que las dependientes de D. Pelayo. Pero ya indicamos más de una vez que este cronista, contem-

CONSIDERACIONES FINALES

¿Cuáles pudieron haber sido las circunstancias que propiciaron la creación del primer texto hagiográfico sobre las reliquias ovetenses y el Santo Sudario, confeccionado en los ambientes ovetenses de los siglos XI-XII? Conviene tener en cuenta que el «tráfico de reliquias» de una parte a otra de la Cristiandad y sobre todo las que procedían de los Santos Lugares, tiene una secuencia temporal muy conocida desde la Alta Edad Media, a pesar de la legislación imperial, primero, y después de la carolingia, que prohibían la traslación de los cuerpos de los santos³⁵. Al producirse la invasión musulmana, los cristianos de Toledo tratarían de poner a buen recaudo aquel preciado tesoro espiritual, reuniendo reliquias de una parte y de otra para trasladarlas a lugares seguros. Al menos, y desde la óptica de la posible génesis de una creencia tradicional, eso es lo que se deduce a partir de la lectura de la conocida acta de apertura del Arca del 1075³⁶. Y resulta llamativo el hecho de comprobar cómo todos los textos más o menos pelagianos relacionados con la traslación de las reliquias hacia el norte mencionan a alguno de los preladados de la metrópoli toledana, entre los que Ildefonso gozaba de especial relevancia, como piezas importantes de los acontecimientos³⁷. Quizás se estuvieran haciendo eco de una tradición que consideraba a San Ildefonso o a sus colegas de Toledo como personas eclesiásticas que habían destacado en la promoción de esta clase de devoción popular, que por entonces afectaba a todos los sectores de la Iglesia. La devoción a las reliquias, en especial a las de Santa Leocadia, en cuya capilla será sepultado Ildefonso, es recogida en todos los relatos hagiográficos del santo³⁸. Los elogios de los Mss. de Cambrai

poráneo del titular de San Salvador, estaba muy al tanto de las cosas de Oviedo: F. J. Fernández Conde, *El Libro de los Testamentos...*, p. 61.

³⁵ GRÉGOIRE, R., *Manuales di Agiologia. Introduzione alla letteratura agiografica*, Fabriano, 1987, pp. 320 y ss.; especialmente, pp. 331 y ss. También; HEIZELMANN, M., *Translationsberichte...*, con abundante bibliografía; y RIGHETTI, M., *Historia de la Liturgia*, I, pp. 199 y ss.

³⁶ «... omnes Sanctorum reliquias patrum quique fideles ex diversis locis subripre potuerint, apud Tholetanum urbem congregantes et in quodam archa studiose condientes...»: GARCÍA LARRAGUETA, S., *Colección de documentos...*, n. 72, p. 214.

³⁷ En el Acta de apertura, los recolectores de reliquias ante la inminencia de la invasión son los «fideles» toledanos. En la narración pelagiana del *Liber Testamentorum* se menciona al arzobispo Julián (679/80-690) con evidente anacronismo. En las interpolaciones pelagianas de las Crónicas, vuelve a mencionar a Julián (BN., Madrid, 1513, ff. 43v.ºA-45r.º: J. Prelog, o. cit., p. 92). Cf., también, *L. c.*, f. 4r.º. (FERNÁNDEZ CONDE, F. J., *El Libro de los Testamentos...*, p. 114, nt. 11). El Ms. de Valenciennes no cita expresamente a ningún personaje relevante como responsable del famoso traslado. El Ms. de Cambrai parece presuponerlo: «Sed, ut ad propositum revertamur, beatus Hildefontus sanctam illam archam in magna veneratione habuit et tota civitas Toletana usque ad tempus illud quod pagani Toletum obtinuerunt» (FERNÁNDEZ CONDE, F. J. *La Iglesia...*, p. 164). Y el de Bruxelles también. El Silense, mucho más atento siempre a los anacronismos, se limita a decir que fueron los «Christiani».

³⁸ Sobre la vida de Ildefonso se conserva el *Elogium* de Julián, sucesor suyo en la sede Toledana (679/680-690), que ofrece muy pocas informaciones aprovechables: SS. *PP. Toletanorum, Opera*, I., Matriti, 1782, pp. 94-95; *PL.*, 96, Parisiis, 1862, cc. 43-44.; otra un poco más expresiva, aunque de naturaleza hagiográfica, atribuida a Cixila (745-754), también metropolitano toledano: SS. *PP. T.*, I, pp. 96-99; *PL.*, cc. 43-48: «Quem ille (Recesvinthus) adprehendens (vestem S. Leocadiae), quod manu

y Bruxelles para el cantor de virginidad de María por su veneración al Arca Santa de las reliquias son claros.

En realidad, no descartamos que algunas de aquellas reliquias, de mártires hispanos o traídas de otras parte de la Cristiandad, pudieran franquear los contrafuertes naturales de la cordillera Cantábrica, aunque desechemos las huidas masivas de fugitivos de los dominios del Islam, buscando refugios providenciales, como figura en la literatura cronística, muchas veces con subidos tonos hagiográficos.

Por lo demás, respecto a historicidad de la traslación específica de reliquias, para ponerlas a buen recaudo en las abruptas defensas de los «Pinnenos Montes» o «Alpes Asturicenses», como prefiere llamarlos el obispo Osmundo de Astorga en el siglo XI, en más de una ocasión hemos formulado nuestra extrañeza, aduciendo al argumento del silencio que existió en la región asturiana o en la astorgana durante varios siglos sobre la existencia del rico y venerado *Thesaurum*.

Podría admitirse efectivamente, que Alfonso II hubiera coleccionado y reunido reliquias (*reliquias sanctorum sollicite colligens*, como dice el Ms. de Cambrai), para sus iglesias, tratando de emular seguramente los gestos piadosos de la poderosa corte de Aquisgrán con la que mantenía relaciones muy estrechas³⁹. Los resultados exitosos de esa búsqueda servirían fácilmente de base para promover el movimiento devocional del siglo XI. Desde entonces, y al socaire de las peregrinaciones jacobeanas y de las nuevas corrientes religiosas y culturales europeas, que comienzan a circular por los reinos de la España cristiana, se consolidará definitivamente esa devoción extraordinaria al Relicario de San Salvador. La conexión de sus contenidos con Jerusalén tuvo mucho que ver con la importancia que tenía esta ciudad en toda la Cristiandad durante esa centuria y en la siguiente. Recordamos de nuevo al obispo D. Pelayo, una de cuyas fijaciones era, precisamente, lo «jeroslimitano»⁴⁰.

laeva iam modicum tenebat, dextra praecedit, et cultrum ipsum una cum eisdem reliquiis in thecis argenteis conlocavit»; y la tercera, más tardía, copiada por el Cerratense en el siglo XIII con pocas variantes, también recoge el episodio «maravilloso» de la Santa: *ibídem*, I, pp. 100-103; *PL.*, 47-50. En ninguna de ellas se hace referencia a un supuesto viaje de Ildefonso a Bizancio, como se dijo alguna vez, de donde vendría cargado de preciosas reliquias. En cualquier caso, el ambiente de fervor por el culto a las reliquias en Toledo es un hecho indiscutible a finales del siglo VII y comienzos del VIII.

³⁹ La expresión puede encontrarse en el Ms. de Cambrai (ss. XII-XIII) sobre la traslación de las Reliquias a Oviedo: ed. F. J. FERNÁNDEZ CONDE, *Historia de la Iglesia de Asturias en la alta Edad Media*, p. 166. El texto completo de la narración: pp. 160-178. Sobre las relaciones de Alfonso II con Carlomagno: FERNÁNDEZ CONDE, F. J., «Relaciones políticas y culturales de Alfonso II el Casto», en LORING GARCÍA, M.^a Isabel (ed.), *Historia social, pensamiento historiográfico y Edad Media. (Homenaje al Prof. Abilio Barbero de Aguilera)*, Madrid, 1997, pp. 593-611.

⁴⁰ FERNÁNDEZ CONDE, F. J., «Influencias foráneas y transformaciones de la sociedad asturiana a lo largo del siglo XII», en *Asturienzia Medievalia*, 1985-1986, 5, pp. 111-133; en concreto, p. 123.

¿Y LAS INVESTIGACIONES CIENTÍFICAS?

EDICES (*Equipo de Investigación del Centro Español de Sindonología*), que comienza su investigación científica en 1989 sobre estas materias, ha ofrecido los primeros resultados en varias publicaciones, llenas de informaciones meritorias⁴¹, un resumen minucioso de las cuales puede encontrarse en alguna obra reciente⁴². Para profundizar en sus conclusiones, los miembros de este equipo, con las aportaciones de diferentes estudiosos, han realizado sus trabajos de análisis en conjunto con todo lo que se ha hecho hasta ahora sobre la Santa *Síndone* de Turín, partiendo de la hipótesis de que ambas piezas pudieran haber tenido relación con el cuerpo muerto del Crucificado después del descenso de la Cruz. Las conclusiones más notables, a las que han llegado hasta ahora, dependen, sobre todo, de los rigurosos exámenes hematológicos. Las manchas de ambos lienzos son de sangre humana y del grupo AB. Las medidas de las mismas similares tanto geométrica como posicionalmente. Y desde el punto de vista médico-legal, sostienen estos investigadores que la información obtenida de los dos paños podría corresponder al cadáver de un hombre después de haber sido atormentado, azotado y coronado de espinas. Con todo, las primeras pruebas de ADN sobre la sangre de las dos piezas, desconcertantes en principio, han sido desestimadas por los científicos debido a las contaminaciones de diversa índole que han sufrido dichas telas a lo largo de su historia pasada y más reciente.

Por su parte, los análisis textiles ponen de manifiesto, según los estudiosos, que los dos soportes, el del Sudario y el de la *Síndone* de Turín, sean compatibles histórica y

⁴¹ VV. AA., «Sudario del Señor» en RODRÍGUEZ ALMENAR, J. M.-CHIRIVELLA GARRIDO, J. (coords.), *Actas del I Congreso Internacional sobre el Sudario de Oviedo (celebrado en Oviedo, del 29 al 31 de Octubre de 1994)*, Oviedo, 1996. Se presentaron numerosas ponencias o comunicaciones de valor muy desigual. La descripción del Sudario comprende la primera parte. La segunda fue dedicada a la «formación de las manchas». La tercera trató temas bíblicos y de costumbres judías relativas a ritos funerarios. En el cuarto se hacen oportunas comparaciones entre la Sabana Santa de Turín y el Sudario de Oviedo. Y la quinta, la última, tiene un carácter más misceláneo. El año pasado se celebró un nuevo Congreso en Oviedo sobre la misma temática: «Oviedo Relicario de la Cristiandad», en *II Congreso Internacional sobre el Sudario de Oviedo (celebrado en Oviedo, del 13 al 15 abril 07)*, editado por ahora exclusivamente en soporte electrónico. Los contenidos recogen todas las investigaciones realizadas hasta el presente. Y contiene estudios de índole físico-química, biológicos, bíblicos, arqueológicos e histórico-litúrgicos, sin que falten, lógicamente, las inevitables referencias y comparaciones con la Santa *Síndone* turinesa, al tratar la posible o probable «Identificación del hombre del Sudario». No hemos podido leer en profundidad todas las aportaciones, pero, en principio, nos parece que no aportan grandes novedades respecto a lo que se sabía ya sobre los distintos temas relacionados con los objetos centrales de la investigación.

⁴² Cf. e.g.: GUSCIN, M., o. cit., pp. 19-39 y 185-193; también: LÓPEZ FERNÁNDEZ, E., o. cit., pp. 87 y ss. HESEMANN, M., *Testimoni del Golgota. Le reliquie della passioni di Gesù*, Turín, 2003. El autor es un publicista-periodista que expone con corrección, dependiendo lógicamente, de otros trabajos previos. En las pp. 311-336, resume bien las aportaciones de los estudios denominados «científicos». Hace unos años había sido publicado también un libro de carácter divulgativo, sin que ello suponga ninguna minusvaloración: BRIANSÓ AUGE, J., *El Santo Sudario de la catedral de Oviedo ¿Estuvo esta tela sobre el rostro de Cristo?*, Oviedo, 1997; en la parte final se presentan con sencillez y un espléndido aparato gráfico las manchas de sangre, los restos orgánicos, los pliegues del lienzo, las perforaciones y algún otro detalle menor.

funcionalmente. Los pólenes se corresponden, en principio, con especies de plantas mediterráneas y de la Palestina de la época de Jesús. Sin embargo, esta constatación se contradice frontalmente con las dataciones del C-14. Los dos resultados obtenidos hasta ahora para la tela del Sudario darían una fecha bastante tardía: 666/671 (Universidad de Arizona) y 666/771 (Universidad de Toronto). Y hoy por hoy no existen todavía cronologías fiables sobre la Sábana Santa, debido a las alteraciones de diversa índole que habría sufrido en el siglo XVI principalmente. Por lo demás, tampoco conviene olvidar las precarias condiciones de conservación, a las que estuvo sometido el Sudario de Oviedo, exhibido al público durante un larguísimo tracto temporal y desprovisto de las debidas cautelas, sin olvidar las alteraciones sufridas en la voladura de la Cámara Santa de la catedral de Oviedo durante la Revolución de Octubre del 1934.

Es cierto que esos condicionantes negativos de las telas de Oviedo y de Turín recomiendan mucha prudencia e incluso la suspensión de un juicio definitivo de valor sobre los resultados cronológicos del C-14 y del ADN, como recomiendan los propios miembros de EDICES; pero, en esas mismas dificultades también pueden alertar sobre la validez de algunas de las conclusiones formuladas hasta ahora por ellos en muchos de los trabajos relacionadas con otros aspectos de la temática. En cualquier caso, y aún admitiendo el poco valor de las mencionadas dataciones del C-14 para el Sudario, parece llamativa la cronología resultante: en torno al siglo VIII, cuando se procedía precisamente a los traslados supuestamente masivos de reliquias de Toledo a Oviedo y en otras partes de la Cristiandad.

Los investigadores de EDICES siguen considerando hasta ahora sus conclusiones como provisionales. M. Guscín, por ejemplo, aseveraba en la parte final de su estudio sobre el Santo Sudario que

en cuanto a la valoración que puede merecernos la posibilidad de identificar el lienzo de Oviedo con el Sudario al que se refiere *Juan*, 20, 7, podemos decir que hemos dado los primeros pasos pero que todavía no puede hacerse tal afirmación de manera categórica⁴³.

Pero leyendo minuciosamente los textos, todo hace pensar que tanto este autor como otros miembros del equipo están prácticamente convencidos de la autenticidad de ambas reliquias y que esa convicción parece tener más peso que la simple hipótesis de partida, indispensable para cualquier investigación científica que se precie. Y en ocasiones, leyendo detenidamente otros párrafos de Guscín, uno tiene la impresión de que los resultados de laboratorio no pretenden más que confirmar lo que ya se da por cierto en la hipótesis de partida:

Otra posibilidad, remota e ilógica sería la de intentar falsificar esta reliquia contra las ideas de la época (¿) y a pesar del desconocimiento de los procesos fisiopatológicos propios. Entre el rostro envuelto (*en el Sudario*) y la Síndone de Turín no pudo haber otro lienzo, puesto que en caso contrario no se hubiera formado la imagen que se aprecia en la Síndone... Tanto la Síndone como el Sudario de Oviedo, *jamás se han relacionado con*

⁴³ *Ibidem*, p. 193.

ningún otro cadáver que no sea el de Jesús de Nazareth. En consecuencia, podemos decir, que tanto la Síndone de Turín como el Sudario de Oviedo, aportan una información en todo concordante con la sábana y el sudario citados por los Evangelistas...⁴⁴.

A MODO DE SCATOCOLO

A nosotros nos parece más prudente afirmar, sencillamente, que en el estado actual de los conocimientos y, teniendo en cuenta de manera especial las fuentes históricas disponibles, se puede admitir, sin ningún género de dudas, la existencia de una sólida y amplia tradición, que se forma en Oviedo a partir del año 1000, sobre las reliquias del Arca Santa, en general y sobre el propio Sudario de Cristo más en concreto, cuando el brillo y el esplendor de los lugares Santos de Jerusalén se hallaban eclipsados por el dominio musulmán. Y no conviene olvidar que esta reliquia —el Sudario— no produjo un gran impacto devocional al abrirse supuestamente el Arca en 1075, figurando siempre en lugares secundarios de los listados o incluso desapareciendo de alguno de ellos⁴⁵. Es más, alguna otra reliquia, relacionada con la vida y la obra de Cristo Jesús, causó mayor admiración que la de su propio Sudario, cuya veneración y culto particular tardaría bastante tiempo, en concreto, cuatro siglos largos: hasta bien entrado el siglo XVI, después de haber sido fundada la Cofradía de la Cámara Santa (1344) y dotada posteriormente con importantes privilegios, lo cual se compagina muy mal, en pura lógica, con la naturaleza de una reliquia tan importante⁴⁶. Cuesta mucho trabajo imaginar que la iglesia de Oviedo, con obispos tan preocupados por situar su Relicario en las rutas más importantes de la Cristiandad en aquellos siglos, olvidaran o minusvaloraran el propio Sudario del Señor, guardado en un rincón del Arca. Semejante silencio pare-

⁴⁴ *Ibidem*, p. 190 (la cursiva es nuestra).

⁴⁵ En la relación del Acta de Apertura ocupa el décimo lugar. El último antes de la enumeración de las reliquias de los santos. En el elenco de la cubierta de plata del Arca, del mismo año, figura en el quinto, unido al «sepulcro dominico». En la relación pelagiana del *Liber Testamentorum*, ff. 2v.ºB-3r.ºB, se incluye en el cuarto y quinto lugar: *de Sindone Domini et de Tunica Domini* (f. 3r.ºA); y ya casi al final, como si no tuviera ninguna importancia, el *Sudario Domini* (f. 3r.ºB). Como si el autor, que era nada menos que el obispo D. Pelayo, no tuviera claro qué era la «Síndone», para recoger, a final, dándole poco o ninguna importancia, el *Sudarium*. La relación del Ms. de Valencienes hace sólo referencia a la *Tunica Domini* y a la *Sindone*, que tal vez confundían con el *Sudarium*, omitido formalmente del listado. Y el breve listado de los Mss. de Cambrai y Bruxelles lo omiten sin más.

⁴⁶ «Et quod est dignum summa veneratione in ecclesia ipsa principali Sancti Salvatoris, habetur una et sex hydrarum in quibus Dominus in nupciis aqua vertit in vinum (*L. Testamentorum*, f. 3r.ºA.). Esta famosa reliquia no estaba dentro del Arca, pero se introduce en el listado pelagiano y falta en las relaciones de 1075. Los textos pelagianos y el de Valencienes comienzan siempre por la legendaria reliquia de la «cristallinam ampullam» con el «cruore», agua y sangre del Señor, manado del costado de un crucifijo, para convencer la malicia de los judíos que había atravesado el costado su imagen con una lanza. En los de Cambrai y Bruxelles, también, pero intercalado discretamente entre otras reliquias.

Sobre la evolución de la veneración y culto al Santo Sudario a través de los siglos: LÓPEZ FERNÁNDEZ, E., o. cit., pp. 37 y ss.

ce sencillamente incomprensible y pone en entredicho, según nuestra opinión, la autenticidad de la venerada presea espiritual.

Para los historiadores, y como tales nos movemos en este trabajo, resulta imposible ir más allá. Creemos que esta conclusión nuestra es más que suficiente a la hora de valorar la trascendencia y la significación religiosa y socio-política del Relicario de Oviedo con su Sudario, a pesar del «argumentario» negativo expresado a lo largo de este trabajo de investigación.

Lo importante del mundo de las reliquias es mucho más *lo que significan*: el uso que de ellas se hizo, sus consecuencias y rendimientos en todos los ámbitos, que lo que realmente pudieran ser en sí mismas. Aunque se llegara a probar que ambas piezas, la de Oviedo y la de Turín, estuvieran relacionadas con un crucificado, cruelmente atormentado, faltaría aún mucho camino por recorrer para llegar a poder decir categóricamente que se trate del propio Cristo. Y lo que ocurre con el Sudario de Oviedo, sucede así mismo con la mayoría de las reliquias medievales, comenzando por algunas tan venerables como las de los restos de San Pedro en el Sepulcro de la Basílica constantiniana de Roma, cuya autenticidad, la del sepulcro petrino, suelen admitir prácticamente todos los investigadores y arqueólogos.